

> TRIBUNA INVITADA / ENRIQUE CASTILLEJO

- El autor considera que el uniforme tiene ventajas, aunque no es imprescindible
- En su opinión, la vestimenta ayuda a corregir el comportamiento de los estudiantes

Sin uniforme escolar, más difícil

COMO CADA temporada ya tenemos encima de la mesa la polémica de los uniformes, en una dicotomía excesivamente sencilla y simplona.

El uniforme en sí mismo, cuando uno no se pierde en ideologías o intereses políticos, comportamientos muy comunes en educación, tiene una serie de ventajas indiscutibles desde varios ámbitos: el familiar, escolar, social... Las ventajas del uniforme escolar en el ámbito familiar son claramente reconocibles por los padres. El coste inicial del uniforme es elevado, cualquier padre que esté leyendo estas líneas se recordará maldiciendo el dichoso uniforme escolar allá por el mes de septiembre, discutiendo entre ellos, los padres, por el precio de la falda, del pantalón o del jersey.

Los padres, que generalmente metemos la pata en cuestión de asuntos domésticos, nos enfadamos bastante más que las madres que, más sensatas y conocedoras del día a día, saben que el uniforme es notablemente más económico que vestir al estudiante con el otro uniforme, es decir, siguiendo todas las modas que, como todos los años, van surgiendo y nuestros hijos las siguen sin pestañear. Y en muchos casos la falta de uniformidad provoca polémicas matinales al ver cómo nuestra hija llega a desayunar como si fuera a ir de gogó a una discoteca o el niño con unos pantalones rotos, sin cinturón, eso sí, sabiendo todo el mundo qué marca de calzoncillos utilizó.

Y para concluir este capítulo del domicilio familiar, resulta importante recordar que la uniformidad permite a los padres reforzar un hábito que, curiosamente, los adultos, en su mayoría, nos vemos abocados a cumplir: la corrección y el decoro en nuestra presencia física en el trabajo, cuando no también un uniforme. Quién no se recuerda a sí mismo espetando a los respectivos hijos: «¡Si ni tu padre ni tu madre pueden ir con esas pintas al trabajo, vas a ir tú al colegio!».

Si tratamos el tema del uniforme ya dentro de los centros educativos, la principal ventaja proviene de la falta de pequeñas in-

disciplinas pero constantes que, por tener una muy alta frecuencia, impide el normal desarrollo del día a día académico. En otras palabras, los profesores deben llamar la atención sobre escotes, ropa interior visible, aspectos desaliñados y así numerosas llamadas de atención que, como decíamos, diariamente suceden y de las que los padres podríamos tomar nota y someterlos al dictado de las normas de los centros educativos.

El uniforme también uniforma la conducta. La desinhibición conductual necesita de unas determinadas condiciones en la mayoría de los casos. No se trata pues de que el uniforme por sí solo elimina comportamientos inadecuados, sino que consigue crear un entorno entrópico para el

«Sabemos que a las doce de la mañana, un estudiante uniformado no debe estar deambulando por la calle, por eso se facilita la vigilancia»

normal desarrollo comportamental; entiéndame, en un ambiente uniformado es más probable que el alumno tenga comportamientos más cercanos al ambiente donde está. Y esto no es opinable, es un criterio científico.

Por último el uniforme es identificativo a un centro escolar que, bien trabajado por parte del colegio, logra que el estudiante se identifique con su centro. Y esto enlaza con el último ámbito, el social. Los alumnos uniformados son fácilmente identificables. Sabemos que, a las doce de la mañana, un estudiante uniformado no debe estar deambulando por la calle ya que es de ley que permanezca en el centro escolar, por

lo que le facilitaríamos a la Policía Local esa obligación de vigilancia sobre el menor en horario escolar que tan pocas veces pueden ejercer.

¿Significa que el uniforme es fundamental? Sí y no. Los uniformes tienen ventajas que, además, resultan fuera del entorno de la opinión de café, deporte nacional, ideológicas y partidistas, son indiscutibles. La cuestión no es por tanto cuántas ventajas y desventajas tiene el uniforme. El asunto es bien diferente. Sin uniforme también se pueden repetir todas las características adecuadas que hemos estado enumerando, excepto la económica, pero el problema es que el proceso es más difícil, más largo y más costoso.

Es decir, enseñar decoro y corrección con la vestimenta libre, sin uniformar, tiene sus ventajas, pero reconocemos que será mucho más difícil sin uniforme que con él. Es la cuestión. ¿Tenemos que recomendar el uniforme? Va a depender de muchas variables pero sí es cierto que la experiencia aporta unos datos positivos a favor de la uniformidad.

Quizá algún lector haya criticado que no haya mencionado el asunto de la igualación como criterio a favor de la uniformidad. Lo he querido dejar para el final. Se ha argumentado que el uniforme evita grandes diferencias entre alumnos con mayor poder adquisitivo o los de menor poder. Es cierto... a medias. Desgraciadamente, cuando visitas centros con uniforme detectas a primera vista qué alumno tiene mayor desventaja económica. El desgaste del uniforme, la cantidad de remiendos, los zapatos... son signos inequívocos quizá más visibles que sin uniforme, ya que las modas juveniles actuales no son precisamente elegantes.

En definitiva la uniformidad presenta una serie de ventajas, que no desventajas, pero sin él también se puede llegar a buen puerto, aunque sea el camino más largo. Es la elección de cada centro.

Enrique Castillejo es presidente del Colegio Oficial de Pedagogos y Psicopedagogos de la Comunidad Valenciana.